

CÓMO HACERSE UNA REGIÓN OSCILANTE

Luis Ferrero Carracedo, *La puerta de la locura. Lecturas meditativas del Quijote*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 2005 (161 pp.).

Luis Ferrero logra en este breve ensayo acompañar de un modo novedoso a la gran obra de Cervantes causando en ella al mismo tiempo pequeños movimientos de comunión entre aspectos aparentemente dispares y bifurcaciones allí donde crearíamos contemplar algo unitario. No pretende proporcionar Ferrero una explicación filosófica global del *Quijote*. Se centra más bien en el estudio de la inmanencia del complejo plano psíquico de Don Quijote en el desarrollo de su vida aventurera. El impulso de fondo de la reflexión de Ferrero es deleuzeano. A Deleuze ha dedicado numerosos estudios en revistas especializadas y un libro de gran utilidad para los seguidores del autor francés como es *Claves filosóficas para una teoría de la Historia en Gilles Deleuze* (Fundación Universitaria Española, Madrid, 2000). La base teórica de Deleuze se filtra en el trabajo de Ferrero; no estar familiarizado con ella puede dificultar la comprensión de la reflexión que lleva a cabo aquí Ferrero sobre el *Quijote*. La presencia de Deleuze es especialmente palpable, mucho más que la de Heidegger, a quien Ferrero también se encomienda, por lo que hace a la estructura conceptual de la obra y a algunas opciones terminológicas. La tesis de la que parte Ferrero es que la locura de Don Quijote es inseparable de su cordura, no siendo ninguna de ellas un caso episódico de la otra; ambas están entremezcladas, por tanto, en una mutua inmanencia. Tanto la locura como la cordura son igualmente inmanentes a la vida, pero es por la puerta de la locura como Don Quijote crea sus líneas de fuga hacia un mundo abierto.

El mundo de Don Quijote es la región oscilante del «entreser», de un ser que no es ni cordura ni locura, sino una multiplicidad realmente existente. Pensar el entreser es, para Ferrero, pensar lo que no es ni lo uno ni lo otro: ni totalmente asimilado a lo que es, ni expulsado al vacío de la inexistencia. La región del entreser es la experiencia de la locura y de la cordura, de la

razón y de la sinrazón, pensada en una disyunción incluyente. Lo que Don Quijote logra en este sentido es provocar un vuelco en la relación de esos opuestos, es decir, logra «hacer sensible el entreser» aventurándose en el borde en el que los opuestos se hacen indiscernibles. Ferrero explica con gran claridad y seleccionando para ello los textos más significativos del *Quijote* el proceso mediante el cual se hunde Don Quijote en un elemento de pura relacionalidad entre la luz y la palabra, la locura y la cordura. El ser de Don Quijote se define precisamente por el entreser, por un devenir en cada caso un ser más potente de acuerdo con las realidades que va atravesando. Uno de los grandes méritos de la meditación de Ferrero estriba en haber vencido a la visión dualista que hace incommunicables a la locura y la cordura de Don Quijote. La locura es una experiencia inmanente a la razón misma en virtud de una lógica incluyente que convierte a la realidad en algo necesariamente abierto y múltiple. Ferrero demuestra cómo se construye en el *Quijote* una «región de deslizamiento entre la cordura y la locura, la razón y la sinrazón». Esa región es un plano de consistencia como hilera de puertas, tal como lo anunció Deleuze al final de *Mil mesetas*. Cada puerta es un acontecimiento de individuación diferencial para Don Quijote. La puerta de la locura constituye para él el acontecimiento de lo abierto, el umbral de la desterritorialización. La locura no es más que la línea diagonal trazada en un mundo desmultiplicado e indómito. No se trata ya, según Ferrero, de un mundo ordenado al modo cartesiano, sino de un universo barroco atravesado por pliegues e invaginaciones. Por la puerta de la locura salimos de la individuación centrípeta (Alonso Quijano) hacia individuaciones centrífugas (aventuras de Don Quijote). Ferrero emplea la figura de la puerta, cuya presencia en el *Quijote* rastrea magníficamente, como invitación al nomadismo, como experiencia del Afuera. La puerta de la locura es el modo quijotesco de rodearse con una zona de indeterminación, ni locura ni cordura, en la que la identidad no está nunca definitivamente fijada, sino que se presenta más bien balbuceante, errática y mestiza, preparada para la aventura. La razón de Don Quijote es una razón fronteriza, humilde, hete-





rogénea. Ferrero expresa a este respecto cómo una especie de vértigo del devenir se apodera de Don Quijote. No se halla éste inicialmente sometido a una subjetividad unitaria, sino que en su oscilante travesía por la vida procede a plegar el exterior con el que se enfrenta, construyendo una multiplicidad de planos. En el «mundo-locura» de la «experiencia bordeante» de Don Quijote, el mundo no tiene ser, sólo devenir: el mundo se convierte en un mundo maquínico, rizomático, múltiple en la variedad de sus presentaciones y puertas. El «mundo-locura» de Don Quijote indica para Ferrero la faz pura de la riqueza del mundo al que sólo una individuación variable como la del hidalgo fantástico tiene acceso. No es un mundo achatado bajo el peso de las categorías del reconocimiento, sino potenciado por las de la experimentación. Por eso es Cervantes, a juicio de Ferrero, un auténtico «pensador-artista».

Luis Ferrero aplica con elegancia y originalidad la nomadología deleuzeana a la lectura de *Quijote*. No hay esencia, sino procesos; no hay ser, sino sólo devenir; no hay hombre, sino un devenir-hombre que se apodera por completo de Don Quijote dando lugar, más que a un discurso irracional, al discurso de una razón ampliada e incluyente, con muchos lados y con una locura que se convierte en algo que nos fuerza a

pensar. Para Ferrero, la constitución de Don Quijote es una línea de experimentación-vida que quiere atravesarlo todo. Se trata entonces del carácter afirmativo de la experiencia de lo dispar, de la diferencia, del drama mismo de la vida al intentar taladrar sus propios límites. No hay ahí realidades esenciales, sino más bien efectos de superficie en un mundo de reverberaciones en continuo proceso de recreación. De modo que, tal como Ferrero muestra, la identidad de Don Quijote nos aporta la enseñanza de que la identidad misma no es sino el continuo relanzamiento de una aventura que bordea la locura, afirma la paradoja, vive en vibraciones, respira en las relaciones, renace una y otra vez en los pliegues que efectúa. Ferrero sigue, pues, algunos pasos de Cervantes. Esos pasos le conducen, en clave deleuzeana, a la convicción de que la «razón dramática» de Don Quijote es la «razón de la sinrazón» para una realidad compleja que no está construida merced a dicotomías excluyentes. Habitamos, por contra, en un «entre» tejido con locura y cordura. Nuestro ser es un «entreser». Si la razón quijotesca es más potente, lo es porque no rechaza ni excluye el pliegue con la locura. Ferrero arroja una intensa luz sobre esta cuestión.

Moisés BARROSO RAMOS